



¿CÓMO SE EDUCA UN SANTO?

R. P. Dr. Javier Olivera

Ale  andriæ
.org

Biblioteca de formación para católicos

**Margarita Bosco,
y la educación de su hijo San Juan Bosco.**

No recuerdo en mi niñez haber escuchado predicar acerca de los santos; sólo cuando comencé a tener cierto uso de la razón escuché por ahí que “santo se nace”, no “se hace”. Fue entonces cuando, examinando la conciencia, pensé que nunca iba a llegar a ser santo y que tenía que abandonar ese inútil propósito.

Esta idea no es ajena a muchos de los seguidores de Cristo. Se nos muestra a los santos como seres casi extraterrestres, distintos de este mundo, separados de la tierra y como habiendo nacido en este “estado” de santidad permanente. Es cierto que, por el misterio insondable de la predestinación, Dios ha querido enviar a algunos al mundo para que arreglen el cambalache que nos rige, pero así y todo, exige la colaboración de la libertad ya que él no nos maneja como se maneja un muñeco de trapo.

Para poder ser santo hace falta la vida de las virtudes y la de la gracia; decir que nos salvamos sólo por medio de las fuerzas propias, es caer en la vieja herejía pelagiana y decir que no hace falta la cooperación de la voluntad, es caer en la herejía protestante.

Acá entra en juego, entonces, la educación: ese arte difícilísimo que hace potenciar los talentos y descubrir al “maestro interior” del que hablaba San Agustín. En la vida de los santos son muchos los que han dedicado su vida a la educación de la juventud, pero de pocos conocemos cómo *han sido educados* “antes” de ser santos.

En estas líneas queremos dar a conocer el modo en que la madre de San Juan Bosco¹, una mujer sencilla pero de grandes luces, dio a luz con su ejemplo y palabra a uno de los más grandes santos de los últimos dos siglos.

Margarita: primeros años y nacimiento de San Juan Bosco

Margarita Occhiena nació el 1º de Abril de 1788 en Capiglio, una pequeña aldeíta piamontesa del norte italiano. De padres campesinos y la tercera de cinco hermanos recibió una educación humilde pero sin letras; trabajadora desde su infancia entre las virtudes que más resaltaban eran la prudencia y la pureza de costumbres.

Los años iban pasando y la joven Margarita continuaba las labores de sus padres, acompañándolos en el duro trabajo de la siembra y la cosecha. No tenía intenciones de casarse ni de hacerse religiosa; había pensado que quedarse con sus padres para ayudarlos en sus necesidades futuras era la voluntad de Dios. Fue recién a los 24 años que su padre le propuso contraer matrimonio con Francisco Bosco, un hombre católico que pocos años antes había

¹ El presente es un sencillo resumen a partir de la lectura de las *Memorias biográficas* de Juan B. Lemoyne (19 tomos en total), secretario de Don Bosco y fiel amanuense; hemos puesto subtítulos para comprender mejor la lectura e intuir los principios que influyeron en la educación del santo de la juventud, como se lo llamó a San Juan Bosco. En cada caso se indica el capítulo correspondiente. Hay una historia específica hecha por Don Lemoyne (titulada en castellano *Historia amena y edificante de la vida de Margarita Bosco*, trad. de Camilo Ortúzar, Rosario 1925, Escuela Tipográfica del Colegio San José de Artes y Oficios, 180 pp.), donde principalmente se extractan algunos pedazos de aquella obra monumental.

quedado viudo con un niño de 8 años a cuestas. El pedido paterno y la compasión del niño hizo que Margarita aceptara lo que Dios le mostraba, a pesar de sus planes y, el 6 de junio de 1812 contrajeron matrimonio.

Padres cristianos y sabedores de las enseñanzas de la Iglesia respecto de los hijos, José y Juan, nacido el 16 de Agosto de 1815. Pero las cruces no tardaron en llegar, como para todos los queridos de Dios.

Un atardecer de Mayo de 1817, cuando el pequeño Juan no había cumplido siquiera los dos años, su padre los abandonaba².

“Ya no tienes padre”. La cruda realidad

Después de una ruda jornada de trabajo que lo había hecho transpirar abundantemente, Francisco Bosco cometió la imprudencia de penetrar en el sótano del propietario vecino, en cuya casa trabajaba. Salió de allí con una neumonía violenta, que en cuatro días lo llevó a la tumba. Fue el más lejano y doloroso recuerdo de infancia del *pequeño* Juan Bosco. Más tarde, a los treinta años del suceso, todavía lo recordaba. En las noches de verano, cuando, rodeado por los primeros chicos de su patronato de Turín, evocaba delante de ellos su más tierna niñez, más de una vez se le oyó relatar la terrible escena: “No tenía aún dos años cuando murió mi papá” – decía– y no recuerdo sus rasgos. Sólo recuerdo estas palabras de mi madre: “Ya no tienes padre, Juancito”. Todo el inundo salía de la cámara mortuoria, pero yo me obstinaba en permanecer allí. “Ven, Juan, ven”, insistía mi madre tiernamente. “Si papá no viene yo no quiero irme”, respondía. “Vamos, hijo: ya no tienes padre”. Y con estas palabras, la, santa mujer, estallando en sollozos me arrastraba. Yo lloraba porque ella lloraba, pues, ¿qué puede comprender un niño de esa edad? Pero esa frase: “Ya no tienes padre, Juancito”, me ha quedado en la memoria. Desde este primer dolor y hasta la edad de cinco años no tengo otro recuerdo de mi infancia”.

Así, con lo que alguno podría tildar *sin demasiada pedagogía*, Margarita Bosco intentó mostrarle al pequeño Juan la “naturalidad” de la muerte. Quizás estemos tentados a pensar que esas palabras no son apropiadas para la inocencia y el candor de un niño de 2 años, pero en este caso; hubiese sido imprudente si el vacío paterno no hubiese sido llenado con la vida que le tocó luego al pequeño Juan. El tiempo le daría la razón a “mamá Margarita” y el santo de los jóvenes nunca sufriría el “síndrome del padre ausente”, como lo llaman los modernos psicólogos.

La educación de la voluntad y de las virtudes

Una vez me dijo alguien que San Agustín había opinado: “Dadme los primeros siete años de un niño y te regalo el resto”. Pensando y repensando esta frase creo que es verdad. Hay un gran mal, especialmente en la actualidad, que es el no querer “imponer nada” a los hijos. Todo debe ser “consensuado”, “aceptado libremente”, etc. No hace mucho que, conversando con una mamá, me decía que “si bien pensaba que tal colegio era lo mejor para su hijo de 12 años, ella no quería ‘imponerle nada y que lo cambiaría’; al chico se le había ocurrido ser astronauta o algo así, por lo que lo mandarían a un colegio técnico pero de peor educación moral... En la

² Cfr. A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 16-17.

conversación le pregunté si ella le había preguntado a su hijo cuando tenía un añito, si quería ir al pediatra; al responderme que no, comencé a decirle que era una anti-democrática, discriminadora y que no respetaba los derechos del niño...; entendió la ironía y lo dejó en el colegio que convenía.

Es que es lo peor que puede haber el aguantar los caprichos de los niños; quien permite los caprichos, dicen los pediatras, está educando un futuro tirano. Margarita Bosco no había estudiado pedagogía y por eso su intuición de madre no estaba contaminada con ideologías de ningún tipo; obraba con la intuición de madre y con la gracia de Dios, que no le faltaba.

El Espíritu Santo nos dice por medio de la Sagrada Escritura: «¿Tienes hijos? Adoctrínalos, doblega su cabeza desde su juventud³. Caballo no domado, sale indócil; hijo consentido, sale libertino⁴. No pases por alto sus errores⁵. Instruye al joven al empezar su camino, que luego, de viejo, no se apartará de él»⁶.

Estas verdades que Margarita había aprendido en la escuela pedagógica más autorizada del mundo, en la Iglesia, asistiendo a las funciones parroquiales, constituyen su norma constante, interpretada por su amor de madre cristiana y facilitada por los ejemplos persuasivos de sus virtudes.

Es que “*las virtudes pasan suavemente de las madres a los hijos*”, según decía el Santo Cura de Ars.

Don Bosco, para quienes lo conocieron, manifestaba un ánimo abierto y una tenacidad enorme en sus propósitos; su buena madre lo había acostumbrado a una perfecta obediencia, sin halagar el amor propio, antes bien persuadiéndole a someterse a las humillaciones inherentes a su condición. El corazón de Juan, que un día debería acumular riquezas inmensas de afecto para todos los hombres, estaba lleno de una exuberante sensibilidad que podía resultar peligrosa, de ser secundada, es por ello que Margarita, sabiendo que la excesiva sensibilidad con los niños engendra poquedad de carácter, no rebajaba nunca su majestad de madre con caricias exageradas, ni compadeciendo o tolerando cuanto pudiera tener sombra de defecto; pero no por ello usó jamás con él modos ásperos ni tratos violentos que lo irritaran o pudieran motivar enfriamiento en su amor filial.

Juan tenía innato ese sentimiento de seguridad en el obrar, por el que el hombre se siente llevado naturalmente a dominar y que es necesario en quien está destinado a presidir a muchos, pero que también con tanta facilidad puede degenerar en soberbia; y Margarita no vaciló en reprimir los pequeños caprichos desde el principio, cuando todavía él no era capaz de responsabilidad moral. Pero, cuando más tarde le verá sobresalir entre los compañeros con el fin de hacerles el bien, observará en silencio su conducta, no se opondrá a sus sencillos proyectos y no sólo le dejará actuar a su gusto sino que incluso le proporcionará los medios necesarios, aun a costa de privaciones. De esta manera, con dulzura y suavidad se insinuará en su ánimo y le inclinará a hacer siempre lo que ella quiera.

Margarita, para corregir, se servía, más bien, de industrias muy personales, que, empleadas con prudencia, lograban efectos admirables en corazones acostumbrados a obedecer.

³ Eclesiástico, VII, 23.

⁴ Eclesiástico, XXX, 8.

⁵ Eclesiástico, XXX, 9,11.

⁶ Prov., XXII, 6.

Tenía Juan solamente cuatro años, cuando al regresar un día del campo con su hermano José, muertos ambos de sed, pues era durante los calores del verano, la madre sacó agua y la ofreció en primer lugar a José. Juan creyó ver en aquel gesto una preferencia; cuando su madre se le acercó con el agua, él, un tanto puntilloso, hizo como que no la quería. La madre, sin decir palabra, se llevó el agua y la dejó en su sitio. Juan permaneció un momento de aquel modo, y luego, tímidamente, dijo:

- ¡Mamá!
- ¿Qué?
- ¿No me da agua también a mí?
- ¡Creía que no tenías sed!
- ¡Perdón, mamá!
- ¡Así está bien! –Fue por el agua y sonriendo se la dio.

El Catecismo y las enseñanzas en labios de la madre⁷

No basta con las virtudes; hace falta la gracia; apenas comenzaron los hijos a discernir suficientemente el bien del mal, la gran preocupación de Margarita fue siempre la de instruirlos en los primeros rudimentos de la religión para encaminarlos a la práctica de la misma y ocuparlos en cosas compatibles con su edad.

El amor a Dios, a Jesucristo, a María Santísima, el horror al pecado, el temor de los castigos eternos, la esperanza del paraíso, no se aprenden mejor, *no se imprimen tan profundamente en el corazón como cuando se aprenden de labios de una madre*. Nadie puede tener la autoridad de persuasión, ni la fuerza de amor, de una madre cristiana. El párroco podrá enseñar en la iglesia a los niños con verdadero celo las verdades eternas; el maestro, si es buen católico, hará estudiar y explicará en la escuela el catecismo de la diócesis a sus alumnos; pero la instrucción que ellos dan resulta, tal vez, demasiado breve y, en ocasiones, en medio de mil distracciones y alboroto, de modo que no siempre queda en ellos la doctrina aprendida. En cambio, la instrucción religiosa que imparte una madre con la palabra, con el ejemplo, confrontando la conducta del hijo con los preceptos particulares del catecismo, hace que la práctica de la religión venga a ser vida propia y se aborrezca el pecado instintivamente, y como por instinto, se ama el bien. El ser bueno se convierte en costumbre y la virtud no cuesta gran esfuerzo. Un niño, educado de esta forma, tiene que hacerse violencia para llegar a ser malo.

Margarita conocía la fuerza de la educación cristiana y sabía que la ley de Dios, enseñada todas las noches con el catecismo y recordada frecuentemente a lo largo del día, era el medio seguro para que sus hijos se hicieran obedientes a los mandatos de su madre. Por eso, ella misma, sin saber leer ni escribir, repetía las preguntas y respuestas tantas veces cuantas fuera preciso, hasta que sus hijos las aprendieran de memoria. Pero no se limitaba en enseñar palabras solamente; cualquier oportunidad era buena para ser aprovechada e inculcar el amor de Dios o inculcar de la virtud⁸.

⁷ Extractos del cap. V.

⁸ A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 1.

Así, por ejemplo, cuando salía el sol sobre la cintura nevada de los Alpes decía: “*¡Cuántas maravillas ha hecho Dios para nosotros hijos míos!*”, admirándose por el hermoso astro que parecía emerger desde la tierra. O cuando el granizo había asolado en todo o en parte la humilde viña de la familia, decía resignada: “*Inclinemos la cabeza, hijos míos*”; *Dios nos había dado esos hermosos racimos. Dios nos los quita. El es el Dueño. Para nosotros es una prueba, para los malos, un castigo.* Y cuando, las noches de invierno, apelotonados alrededor de un leño llameante, oían silbar el viento del norte o martillar el techo la lluvia glacial: “*Hijos míos; ¡cuánto debemos amar a Dios que nos suministra todo lo necesario! Verdaderamente es nuestro padre, nuestro padre que está en los cielos*”. En las hermosas noches estrelladas, salían fuera de casa, señalaba al cielo y les decía: – “*Dios es quien ha creado el mundo y ha colocado allí arriba las estrellas. Si el firmamento es tan hermoso, ¿cómo será el paraíso?*”

En una ocasión, Margarita había resuelto dar a un pariente lejano, un perro guardián, grandote, muy cariñoso con los chicos, pero que lamentablemente era difícil de alimentar dado el humilde presupuesto familiar. Lo llevaron pues a su nuevo dueño; pero los niños no habían regresado todavía y ya el perro estaba de nuevo en su “cucha”. Nuevamente lo condujeron hacia la casa del nuevo propietario, y para mayor seguridad lo ataron con una cadena; pero, en el primer instante de libertad, el buen animal huyó, y volvió a la casa de los Bosco; Margarita, enfadada, fue a tomar un palo como para amenazarlo pero éste, en vez de escapar, agachó el lomo mostrando que prefería los golpes al despido. Enternecida, la madre dijo entonces a sus hijos: “*Qué fidelidad y qué apego los de este animal. Si tuviésemos todos la misma sumisión hacia nuestro Creador, ¡cuánto mejor andaría el mundo, y cuánta gloria sacaría Dios!*”⁹.

Así, con pequeños ejemplos de la vida cotidiana, enseñaba las virtudes a sus hijos. Con el tiempo San Juan Bosco ya de grande, hará sus sermones siempre a partir de un hecho cotidiano, rodeado de ejemplos y de anécdotas.

Hacía consciente en sus hijos el ejercicio de la presencia de Dios

Siendo como era mujer de gran fe, tenía siempre a Dios en su pensamiento y en sus labios. De mente despejada y palabra fácil, sabía servirse en toda ocasión del santo nombre de Dios para adueñarse del corazón de sus hijos. “*Dios te ve*”: era la palabra con que les recordaba que siempre se encontraban bajo la mirada del Dios grande, que un día los habría de juzgar. Si les permitía ir a entretenerse por los prados vecinos, les decía al despedirlos: – “*Acordaos de que Dios os ve*”. Si alguna vez los veía pensativos y temía que en su ánimo ocultasen pequeños rencores, les susurraba al oído:

–*Acordaos de que Dios os ve y ve también vuestros pensamientos, aun los más secretos.* Si al hacer a alguno una pregunta, sospechaba que pudiera excusarse con una mentira, antes de que respondiese, le recalaba:

– *Acuérdate de que Dios te ve.* Sin saberlo repetía a sus hijos las palabras que Dios había dicho a Abrahán: «Camina en mi presencia y sé perfecto»¹⁰.

⁹ A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 22-23.

¹⁰ Gn., XVII, 1.

Mientras los hijos fueron pequeños, Margarita enseñó a cada uno en particular las oraciones cotidianas. Así hizo con Juan, pero apenas éste fue capaz de reunirse con los demás, le hacía arrodillarse por la mañana y por la noche y, todos juntos, rezaban las oraciones y la tercera parte del rosario. Aunque Juan era el más pequeño de los hermanos, solía ser el primero en recordar a los otros este deber, al llegar la hora, y con su ejemplo los animaba a rezar con mucha devoción. *Su buena madre los preparó a la primera confesión*, cuando llegaron a la edad del discernimiento, los acompañó a la iglesia; *comenzó confesándose ella misma, los recomendó al confesor y, después, los ayudó a dar gracias*. Así siguió asistiéndoles en esto, hasta que los consideró capaces de hacer dignamente por sí solos la confesión. Juan, fiel a estas enseñanzas, empezó a confesarse con gran devoción y sinceridad y con la mayor frecuencia que se le permitía. Los domingos y fiestas de precepto los llevaba a oír la santa misa en la iglesia de la aldea dedicada a San Pedro, donde el capellán predicaba y daba un poco de catecismo. Juan, al regreso, repetía en casa algo de lo oído y todos le escuchaban con agrado.

El suave proceder de Margarita para guiar a sus hijos a Dios con la oración y los sacramentos, le dieron tal ascendiente sobre ellos, que no disminuyó nunca con el correr de los años. Ya adultos, les preguntaba, sin rodeos y con plena autoridad materna, si habían cumplido sus deberes de buenos cristianos y si habían rezado las oraciones de la mañana y de la noche. Y los hijos, con treinta y más años, respondían con la misma sencillez y confianza que cuando eran niños.

Al mismo Juan, siendo ya sacerdote, no dejaba de prodigarle sus advertencias. Cuando llegaba a casa, en la aldea, a hora avanzada, después de dar una misión fatigosa por los pueblos vecinos; cuando volvía cansado y sudoroso de un largo viaje; o cuando, ya en el Oratorio, entraba en su habitación cargado de sueño, después de haber predicado y confesado todo el día, y comenzaba a quitarse la ropa, su madre le detenía y preguntaba:

– *¿Has dicho ya las oraciones?*

El hijo, que ya las había recitado, sabedor del consuelo que proporcionaba a su madre, respondía:

– ¡Voy a rezarlas enseguida!

Y añadía ella:

– *Porque mira: estudia tus latines, aprende toda la teología que quieras; pero no olvides que tu madre sabe más que tú: sabe que debes rezar.*

El hijo se arrodillaba y mamá Margarita, mientras tanto, daba vueltas en silencio por la habitación, despabilaba el candil, arreglaba la almohada, abría la cama y, cuando el hijo había terminado de rezar, salía sin añadir palabra¹¹.

El trabajo y el sacrificio

Además de la instrucción religiosa y de las oraciones, Margarita empleaba *otro gran medio para la educación, que es el trabajo*. No podía soportar que sus hijos estuvieran ociosos y

¹¹ Eclesiástico, 111, 4.

los adiestraba con tiempo para el desempeño de algún trabajo. *Juan, apenas cumplidos los cuatro años, ya se ocupaba con mucha constancia en deshilar las varas de cáñamo*, que la madre le daba en determinada cantidad. Y el niño, acabada su tarea, se dedicaba a preparar sus juegos.

Para las comidas también hacía practicar pequeños sacrificios. Para el desayuno no quería que se acostumbraran a comer ningún sándwich, ni fruta, a pesar de vivir en el campo; ni café con leche. Les preparaba una rebanada de pan y quería que la comiesen así, a secas, aunque tuviesen otros manjares. De esta manera los acostumbró a que *no les importara qué comer, sino el tener algo para comer*.

Para el sueño, los acostumbraba a mantenerse descansados pero alivianados; por ello aunque luego en el seminario Juan dormiría sobre un colchón, en su casa siempre habían querido tener un simple y duro colchón no muy suave (probablemente de paja). Margarita decía: *“Es mejor que te acostumbres a dormir con un poco de molestia; porque a las comodidades nos acostumbramos pronto”* y añadía a Juan:

– *No sabes lo que será de ti el día de mañana; ¡quién sabe el destino que te reserva la Providencia!; te conviene, pues, estar acostumbrado a las privaciones.*

Aun durante el sueño quería que experimentasen alguna mortificación, “porque” – decía – “oveja que duerme, bocado que pierde”. Muchas veces, por la noche, ocupado en los preparativos que la hospitalidad cristiana exigía, en favor de algún pobre que no había encontrado acogida en ningún otro sitio, los hacía estar en pie hasta algo más tarde. Con todo, a la mañana siguiente, los despertaba antes de salir el sol y quería que se levantaran sin tardanza. En ocasiones, aun durante la noche, interrumpía su sueño para prestar ayuda a algún enfermo en las casas vecinas. De esta manera *Juan se acostumbró a pasar sin dificultad las noches en vela*. Cuando le parecía a la madre que Juan no había descansado bastante durante la noche, le decía que fuese a dormir en las horas fuertes del día. Juan obedecía: se sentaba en un banco junto a la mesa y apoyaba en ella los brazos y la cabeza; pero no lograba conciliar el sueño.

– Duerme, Juan, duerme – le decía Margarita.

– Sí, madre – respondía el hijo –, ¿no ve que estoy durmiendo?

Y así diciendo, cerraba los ojos. Margarita se reía:

– Mira, hijo mío, nuestra vida es tan corta que tenemos poco tiempo para hacer el bien. *Las horas que dedicamos a un sueño innecesario es tiempo perdido en el paraíso*. Los minutos que podemos quitar al descanso inútil es alargar la vida, pues el sueño es imagen de la muerte. En estos minutos, ¡cuántas obras buenas podemos hacer y cuántos méritos acumular!

Este consejo de Margarita era el eco de la divina palabra: “Cualquier cosa que esté a tu alcance el hacerla, hazla según tus fuerzas, porque no existirá obra ni razones, ni ciencia ni sabiduría en el sol a donde te encaminas”¹².

Más adelante, ¡cómo Juan sabrá ocupar continuamente su tiempo!

¹² Eclesiastés, IX, 10.

La vigilancia de los juegos y el modo en que se practican permite conocer mejor a los hijos¹³

Se lee en el libro de los Proverbios: “Incluso con sus juegos da el niño a conocer si sus obras serán puras y rectas. Corrige a tu hijo y te dejará tranquilo, y hará las delicias de tu alma. El oído que oye y el ojo que ve; ambas cosas las hizo Yahvéh”¹⁴.

Margarita vigilaba pacientemente la conducta de sus hijos. Pero su vigilancia no causaba, en ningún caso, fastidio, ni suspicacia, ni reproche; era como la quiere el Señor, continua, prudente, bondadosa. Ponía empeño en que la compañía de la madre les resultara siempre grata, encaminándolos dulcemente a la obediencia y poniendo en práctica la advertencia del Apóstol: “Padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino formadlos más bien mediante la instrucción y la corrección según el Señor”¹⁵.

No se mostraba molesta con sus bulliciosos entretenimientos; al contrario, tomaba parte en ellos y les enseñaba otros nuevos. Respondía con paciencia a sus infantiles y a veces importunas e insistentes preguntas; y no sólo los escuchaba con satisfacción cuando hablaban, sino que *les hacía hablar mucho*, con lo que venía a conocer los pensamientos que bullían en su tierna mente y los afectos que comenzaban a inflamar su corazón infantil. Los hijos, encantados con tanta bondad, no tenían secretos para ella, que sabía encontrar mil industrias amorosas para cumplir dignamente su noble función.

No era raro en aquellos tiempos encontrar en casa de los campesinos más acomodados la *Historia Sagrada* y libros de vidas de santos. Algún buen anciano de Capriglio solía leer sus páginas a la familia reunida los domingos por la tarde, en el establo en invierno o en la era bajo el emparrado en verano y otoño. Gracias a esto, mamá Margarita recordaba muchos ejemplos sacados de la Sagrada Escritura y de la vida de los santos, sobre los premios que el Señor otorga a los hijos obedientes y los castigos que inflige a los desobedientes; y con frecuencia los contaba a sus hijitos, despertando hábilmente su curiosidad y manteniendo viva la atención. De manera especial sabía describir, con rasgos vivos, la infancia del divino Salvador, siempre obediente a su Santísima Madre, y presentarlo como modelo de humildad a los niños.

El control de las amistades de los hijos previene malos hábitos

Margarita buscaba lograr de sus hijos dos cosas: que nunca se juntaran con personas que no conocieran y que nunca salieran de casa sin haber pedido antes permiso. A veces se dirigían a ella diciendo:

– Mamá, ha llegado fulano y nos llama: podemos ir a jugar con él?

Si respondía que sí, iban alegres a divertirse y a correr por la colina. Algunas veces contestaba con un no rotundo, y entonces no se atrevían ni siquiera a asomarse a la puerta, pero se quedaban igual de contentos en casa y, hablando en voz baja, se divertían con los juegos que ellos mismos se habían fabricado o que su madre les había comprado en el mercado. A veces, la

¹³ Extractos del cap. VI.

¹⁴ Prov., XX, 11; XXIX, 17; XX, 12.

¹⁵ Efes., VI, 4.

madre se iba al campo y los dejaba en casa. Si los vecinos les preguntaban por que no salían en un día de sol tan hermoso o por qué estaban tan quietos y buenecitos, ellos respondían: “*Para no disgustar a mamá*”. Tal era el amor que tenían por su madre.

Acostumbrados a obedecer por amor, la madre podía estar tranquila cuando se veía obligada a acudir al mercado de Castelnuovo, los jueves, para proveer a las necesidades de la familia y vender los productos del campo o del gallinero, o para comprar tela, prendas y otros objetos de uso doméstico. Con todo, apreciaba en su justo valor la inocencia de sus hijos y sabía que el menor soplo de mal basta para empañarla. Por eso, antes de salir, además de darles los avisos oportunos, no dejaba de recomendar a la abuela que no los perdiera de vista.

Los muchachos, atentos a no hacer nada que pudiera disgustar a su madre, esperaban con ansia su regreso, tanto más que siempre les prometía traerles como regalo un pan bendito. A los niños de aquella edad y condición les parecía una gran cosa aquel regalito.

El examen de la conciencia antes del premio o del castigo

Así que, desde lo alto de la colina se ponían a mirar como vigías y cuando su madre, cansada, sudorosa, cubierta de polvo, aparecía al fondo del sendero que subía hasta la casa, corrían ellos a su encuentro y, apretujándose a su alrededor, repetían una y otra vez:

– ¡El pan bendito, el pan bendito!

La madre se paraba, sonreía y exclamaba:

– ¡Cuánta prisa! ¡Que impaciencia! Esperad un momento; un poco de calma; dejadme llegar hasta casa y descargar la cesta; dejadme respirar un poco.

Ellos, correteando, la seguían hasta la cocina. Allí se sentaba y, rodeada de los chicos, sacaba de la cesta el pan bendito. Los niños alargaban las manos:

– ¡A mí, a mí!

Y la madre:

– Calladitos, despacio; os daré el pan bendito, pero antes necesito saber que habéis hecho durante el día.

Ellos aguardaban en silencio para responder a las preguntas que les dirigía a cada uno. Por ejemplo, interrogaba a uno:

– Fuiste a tal casa, como te encargué, para pedir aquella semilla y aquella herramienta? ¿Qué te dijeron? ¿Y tú, qué contestaste?

Después al segundo:

–¿Hiciste lo que te encomendé, si venía por casa aquella buena vecina? ¿Cómo lo cumpliste?

Y a todos:

– ¿Os ha pedido la abuela que le hicierais algo que necesitaba? ¿Le habéis obedecido con prontitud? ¿Ha tenido que reñiros por algo? ¿Ha venido algún chico del vecindario a veros? ¿De

qué habéis hablado con él? ¿Qué habéis hecho todo el día? ¿Habéis reñido entre vosotros? ¿Habéis rezado el *Angelus* al mediodía?

Con éstas y semejantes preguntas procuraba que le dieran cuenta exacta de todo lo que habían hecho y, diría casi hasta de lo que habían pensado. En estos diálogos los niños contaban todo lo sucedido con sus más mínimos detalles.

La buena madre, siempre cariñosa, siempre serena, escuchaba las respuestas y añadía sus prudentes observaciones, que servían de norma en adelante.

– Muy bien, respondía a uno; muy bien dicho. Un poco más de paciencia, un poco más de amabilidad, decía a otro. Esto no está bien; para otra vez estáte más atento. No ves que es una mentira y las mentiras disgustan al Señor?

De esta manera, recurriendo a la ley de Dios y a las buenas costumbres, *los iba habituando a discernir lo que estaba bien o mal* en sus acciones y, en consecuencia, a evitar en adelante los defectos en que habían incurrido. Después de las observaciones y de los elogios, al fin les daba en premio un trozo de pan bendito, que ellos se comían en seguida, con avidez y con toda devoción.

Por un estilo semejante les interrogaba al tropezarse con ellos, después de haber estado sin verles, aunque fuera una sola hora, bien por haberse tenido que ir al campo, bien porque los hijos se hubieran alejado de casa por cualquier motivo; el fruto de tales preguntas era un aviso o un consejo ya a uno, ya a otro de sus queridos hijos. Esta prudente manera de actuar la continuó hasta que llegaron a ser hombres hechos y derechos.

Los hijos, educados de este modo, crecían buenos, formales, circunspectos en lo que hacían; y si alguna vez se descuidaban, eran los primeros en darse cuenta de ello, reconocer su culpa y prestar más atención en lo sucesivo. Por otra parte, Juan, que rumiaba en el corazón las palabras de su madre y grababa en la mente sus ejemplos, hacía suyo, para el futuro, sin advertirlo, aquel óptimo sistema de cariño y sacrificio en la educación. El espíritu de fervor y caridad, inspirador de los libros sapienciales, entre las dulcísimas invitaciones con que trata de atraer a sí la filial atención de las almas, interrumpiendo la serie de sus enseñanzas, dice estas preciosas palabras:

«*Dame, hijo mío, tu corazón, y que tus ojos hallen deleite en mis caminos*»¹⁶. Don Bosco hizo suyo este lema y sus discípulos se lo han oído repetir mil veces, invitándoles al bien.

Los castigos de una madre santa¹⁷

No era Margarita una mujer que levantase la voz para reprender a sus hijos, que se irritase al corregirlos o tomase decisiones para desahogar su enfado. Mostrábase siempre tranquila, siempre afable, siempre sonriente, nunca con ceño sombrío. Los hijos sabían cuánto les quería y correspondían con un amor que parecía alcanzar el máximo límite posible. No obstante, la buena madre no dejaba de avisar y reprender oportuna y constantemente. “*Quien escatima vara, odia a su hijo, quien le tiene amor, le castiga. La necedad está enraizada en el*

¹⁶ 1 Prov., XXIII, 26.

¹⁷ Extractos del cap. VII.

corazón del joven, la vara de la instrucción la alejará de allí. Niño dejado a sí mismo, avergüenza a su madre”¹⁸.

Margarita, si bien estaba dotada de un carácter dulce, no era débil; y estaban persuadidos los hijos de que, si se obstinaban en una falta, ella no dudaría en recurrir al castigo. No había renunciado a su derecho a imponer el castigo; símbolo del mismo era la vara colocada en un rincón de la habitación. Pero jamás la usó, ni dio un pescozón a sus hijos.

En una ocasión, Juan se había dejado llevar por cierto ímpetu o impaciencia propia de su edad y de su temperamento fogoso. Margarita le llamó. Corrió el niño.

– Juan, ¿ves aquella vara? – y le señalaba la vara apoyada contra la pared en el rincón de la habitación.

– Sí, la veo – respondió el niño, echándose hacia atrás, avergonzado.

– Tómala y tráemela.

– ¿Qué quiere hacer con ella?

– Tráemela y lo verás.

Juan fue a buscar la vara y se la entregó diciendo:

– ¡Ah, usted la quiere para sobarme¹⁹ las espaldas!

– ¿Y por qué no, si tú me haces estas travesuras?

– ¡Mamá, no las volveré a hacer! –Y el hijo sonreía ante la sonrisa inalterable de su buena madre. Aquello era suficiente para andar atento otra vez. Pero Juan habría aceptado el castigo, aunque su madre, conforme con su obediencia y docilidad, no le hubiera perdonado. Margarita aseguraba que Juan nunca le había causado ningún disgusto y que, si por inadvertencia estaba a punto de cometer alguna falta pequeña, bastaba advertírselo para que desistiese en seguida. Prometía y sabía mantener sus promesas.

Recordar a Dios al momento de corregir a los hijos

José, aunque dotado de índole afectuosa y apacible, cuando era todavía niño, a veces se enfadaba, se encaprichaba y se mostraba reacio a ciertas órdenes. Su mamá lo tomaba de la mano, mientras él se tiraba por el suelo, pataleaba y gritaba; pero la madre, sin perder la firmeza, la alegría y la paciencia, aguantaba:

– Mira, es inútil, le decía; no te dejaré marchar aunque tenga que estar aquí todo el día. Te toca a ti ceder.

Y si José continuaba con su manía, ella le hacía este razonamiento:

– ¿No ves que soy más fuerte que tú? Puedes estar seguro de que no me vencerás y piensa que, si te portas mal, el Señor te agarrará para llevarte a su tribunal y te castigará; y entonces, ¿cómo escaparás de El?

¹⁸ Prov., XIII, 24; XXII, 15; XXIX, 15.

¹⁹ En el original español dice “medirme”. Nota del r.

José, al ver que todo esfuerzo era inútil se calmaba, alzaba los ojos hacia el rostro de su madre, que no perdía su aspecto de bondad y de alegría, y sonreía. También se dibujaba en los labios de la madre una sonrisa, y todo concluía bien.

¿Quién puede describir el bien que hace en un niño la sonrisa de su madre? Infunde gozo y amor; es un recuerdo suave en los años de edad avanzada y un estímulo eficaz en el cumplimiento de los propios deberes; es un reflejo de la alegría del paraíso y hacia él levanta los corazones, haciéndolos mejores.

Tal era el método de Margarita para reprender a sus hijos, intentando a toda costa que la reprensión no provocase ira, desconfianza, enemistad. Su máxima en este punto era precisa: *inducir a los hijos a hacerlo todo por amor y para agradar al Señor. Por eso, era una madre afortunada.*

Vencer a los hijos con la fuerza moral y el cargo de conciencia

Ahora bien, ser buena con hijos cariñosos, ganarse por el amor corazones bien nacidos, no parece demasiado difícil. Lo difícil está en domar con la bondad temperamentos iracundos, despóticos y hostiles. Margarita lograba también triunfar en estos casos. El hijastro Antonio, que era ya mayorcito cuando Francisco se casó de segundas nupcias, había acogido con frialdad a su nueva madre y, como suele suceder en tales casos, la miraba como una intrusa. Por eso sentía cierta antipatía contra su madrastra. Margarita, sin embargo, especialmente después de la muerte de su marido, comenzó a tratar a Antonio con toda suerte de preferencias, con todas las atenciones que un primogénito predilecto pudiera desear, intentando vencer su ánimo rebelde. Con esto lograba que no se viera turbada la paz en la familia, pero no podía impedir que, a veces, se dieran escenas desagradables con desobediencias o contestaciones insolentes. Hacía falta una virtud heroica para resistir aquel temperamento fogoso y caprichoso que, en ciertas ocasiones, no dudaba en llegar a altercados con la misma anciana abuela. Mamá Margarita supo estar siempre en su sitio en pruebas tan duras.

Con frecuencia, Antonio pegaba a sus hermanitos, y Margarita tenía que acudir a librarlos de sus manos. Pero nunca lo hacía por la fuerza y, fiel a su máxima, jamás tocó a Antonio ni siquiera un pelo. Se puede imaginar el dominio que tenía Margarita de sí misma para superar la voz de la sangre y del amor entrañable que sentía por José y Juan. Pero en estas circunstancias mantenía una actitud de reserva para con él y, sin hacer alusión alguna a cuanto había sucedido, no le dirigía la palabra durante todo el día. Pasadas algunas horas, las más de las veces al anochecer, Antonio se le acercaba y le decía:

– ¿Mamá, qué le pasa?

– Déjame tranquila, respondía mamá Margarita; ahora me encuentro demasiado inquieta para hablar. Deja que me tranquilice y mañana te lo diré.–La noche es madre de buenos consejos y por la mañana Antonio se presentaba a Margarita y le decía:

– ¡Perdóneme, mamá!

– ¿Y cómo juzgas lo que sucedió ayer?

– Es que los otros me incitaron, ellos me ofendieron. ¡Yo quiero que me respeten! Comenzaron ellos.

Margarita comenzaba en voz alta las oraciones. Acabado el acto de contrición, se rezaba el *Padrenuestro*. Pero al llegar a las palabras: “Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”, Margarita suspendía las oraciones y dirigiéndose a Antonio le decía:

– No digas las palabras “*Perdónanos nuestras deudas*”; esas palabras no debes decirlas.

– ¿Y por qué? ¡Si son del *Padrenuestro*!

– Pero tú no debes decirlas.

– ¿Qué deberé decir entonces?

– Lo que quieras, ¡pero esas palabras, no!

– ¡Vaya! ¿Y por qué?

– ¿Por qué? ¿Con qué valor te atreverás a pronunciarlas, si no quieres perdonar a tus compañeros, si les guardas rencor, después de haberles descalabrado? ¿No tienes miedo de que el Señor te castigue mientras pronuncias tales palabras, que en tu boca son una mentira, un insulto a Dios, ya que no quieres perdonar? Y, ¿cómo puedes esperar que el Señor te perdone a ti, si tú te niegas obstinadamente a perdonar a los demás? – Estas y semejantes expresiones salidas del corazón, inspiradas en el deseo de hacer el bien a aquella alma y de reconciliarla con Dios, dichas de forma que conmovían, obtenían generalmente su efecto. Antonio terminaba diciendo:

– Sí, mamá, he faltado, perdóneme.

Y el perdón llegaba en seguida...

A pesar de todo, más de una vez Antonio, reprendido o contrariado por algún capricho, montaba en cólera de tal manera, que no era capaz de escuchar la voz del deber. Con los puños cerrados y los brazos en alto se lanzaba contra Margarita casi hasta golpearla en el pecho, gritando: “¡Madrastra!”, o barbotando otras palabras poco respetuosas. Margarita, mujer robustísima, habría podido con cuatro cachetadas hacerle tragar sus palabras; pero no, retrocedía unos pasos, miraba a su hijastro de forma tan penetrante que le frenaba de inmediato, a la vez que los dos más pequeños se colocaban en medio y la rodeaban diciendo:

– No, mamá, no tenga miedo. ¡Antonio, cálmate!

Y Margarita le decía:

– Mira, Antonio, te he llamado hijo y cuando lo he dicho una vez, lo he dicho para siempre. Eres mi hijo, porque lo eres de Francisco, tu padre, porque tu padre te entregó a mí y porque yo te quiero como tal. Ya ves que, si quisiera, podría pegarte hasta obligarte a ceder. Pero no quiero. *He determinado no vencer nunca a mis hijos con la fuerza material, sino sólo con la fuerza moral.* Tú eres mi hijo y no quiero pegarte. Tú puedes comportarte como quieras, pero la culpa es tuya.

Y se apartaba. Antonio, ante tales palabras, permanecía acobardado, confundido, y volvía sobre sí mismo, bajaba la cabeza y se alejaba. Fueron frecuentes los accesos de ira de Antonio, pero siempre quedaron deshechos por las palabras delicadas de Margarita, que ponía en práctica

el generoso consejo de los Proverbios: «Mientras hay esperanza corrige a tu hijo»²⁰. De todos modos, Antonio nunca pasó de la amenazas, y aun de éstas pidió siempre perdón al cesar el ímpetu de la pasión, especialmente gracias a los avisos serios que no dejaba de darle la abuela. Con el correr de los años se dominó de tal modo que dejó fama, viva todavía actualmente, de hombre distinguido no sólo por su hombría de bien y por su buen trato con todo el mundo, sino además de amigo fiel que sabía despertar la alegría allí donde se presentase.

Mientras tanto, en la escuela de su madre, Juan aprendía aquella admirable dulzura y aquel método que prevenía los desórdenes y que hace al educador dueño del corazón de sus alumnos.

El orden y la limpieza²¹

Margarita, además del orden y la hermosura del alma de sus hijos y de la dócil y constante alegría que quería ver en todas sus acciones, les exigía *orden y limpieza en su persona*. Este solícito empeño estaba de acuerdo con el Espíritu del Señor: «Anda, come con alegría tu pan y bebe de buen grado tu vino, que Dios está ya contento con tus obras. En toda sazón sean tus ropas blancas y no falte ungüento sobre tu cabeza»²². Por eso, Margarita procuró presentar a sus hijos, hasta los ocho o diez años, bien aseados, y hasta se gozó en prestar cierta elegancia a su manera de vestir. Sobre todo, los domingos les ponía el traje de fiesta, arreglaba su cabello, naturalmente rizado, que ella dejaba crecer un poco y que luego recogía y ataba con un lazo, según la costumbre.

Tomándoles después de la mano los llevaba a misa. A veces permitía que Antonio fuese delante con el mayorcito, a pocos pasos, de modo que no se alejara de su vista. Los que se encontraban con aquella familia, especialmente las madres, se paraban para congratularse con Margarita.

– ¡Ay! ¡Qué niños tan guapos! – decían –, ¡si parecen ángeles de verdad!

Margarita gozaba grandemente con tales elogios. Experimentaba en lo íntimo de su corazón, pero con mayor nobleza, los mismos sentimientos que un día manifestaba la madre de los Gracos, al responder a los romanos que le pedían les enseñara sus joyas: “¡Estas son mis perlas!”, respondía aquella madre orgullosa. Es que para toda madre deben ser los hijos su mejor tesoro, su ornamento, su gloria.

Pero tampoco desaprovechaba la oportunidad para adoctrinarlos en estas pequeñeces.

– ¡Mamá!, mire a fulano: ¿cuándo nos hará a nosotros un peinado como el suyo?

– Vosotros ya tenéis bastante con los rizos, con lo que el buen Dios os ha querido adornar. Os gusta ir guapos, ¿verdad?

– ¡Claro que sí!

– Pues escuchadme. ¿Sabéis por qué os pongo estos trajes tan bonitos? Porque hoy es domingo; y es muy justo que mostréis externamente la alegría que debe sentir todo cristiano en

²⁰ Prov., XIX, 18.

²¹ Extractos del cap. IX.

²² 1 Eclesiastés, IX, 7-8.

este día; y también porque deseo que la limpieza del vestido sea imagen de la hermosura de vuestra alma. *¿De qué serviría ir bien vestidos, si el alma estuviera manchada con el pecado?* Procurad, por tanto, merecer las alabanzas de Dios y no las de los hombres, que sólo sirven para haceros ambiciosos y soberbios. Dios no tolera a los ambiciosos y soberbios, y los castiga. Os han dicho que parecéis ángeles: pues bien, ángeles tenéis que ser siempre, especialmente ahora que vamos a la iglesia; ángeles de rodillas, sin mirar a un lado y a otro, sin charlar, y rezando con las manos juntas. Jesús estará contento al veros tan devotos delante del sagrario y os bendecirá.

Con estas lecciones de limpieza y buena compostura acostumbró a sus hijos a saber respetarse a sí mismos y a los demás. Juan llegó a tener tanto cuidado de la limpieza de sus vestidos que, aún en edad avanzada, no se le veía una mancha, a costa del trabajo de revisar con frecuencia su sotana y su balandrán, lo que le permitía poder entrar en cualquier palacio, casa o lugar, donde era bien recibido hasta por las personas más exigentes. El orden externo en su persona era el indicio del orden admirable que reinaba en su alma.

La enseñanza de la prudencia

Margarita se preocupaba de que sus hijos se acostumbrasen a obrar siempre con reflexión, porque el descuido, aun sin culpa, es fuente de daños morales y materiales. Tenía Juan ocho años, cuando un día, mientras su madre había ido a un pueblo cercano para sus asuntos, quiso alcanzar algo que estaba colocado en un sitio alto. Como no llegaba, puso una silla y, subido en ella, chocó con la aceitera. La aceitera cayó al suelo y se rompió. Lleno de confusión, trató el niño de poner remedio a la fatal desgracia fregando el aceite derramado; pero, al darse cuenta de que no lograba quitar la mancha y el olor, pensó cómo evitar a su madre aquel disgusto. Cortó una vara del seto vivo, la preparó bien, escamondó con gracia la corteza y la adornó con dibujos lo mejor que supo. Al llegar la hora en que sabía que tenía que volver su madre, corrió a su encuentro hasta el fondo del valle y apenas estuvo a su lado le dijo:

- ¿Qué tal le ha ido, madre? ¿Ha tenido buen viaje?
- ¡Sí, Juan de mi alma! Y tú, ¿estás bien? ¿Estás contento? ¿Has sido bueno?
- ¡Ay, mamá! Mire – y le presentaba la vara.
- ¡Vaya, hijo mío! A que me has hecho unas de las tuyas...
- Sí; merezco de verdad que esta vez me castigue.
- ¿Qué te ha sucedido?

– Me subí así, así...; y desgraciadamente he roto la aceitera. Cómo sé que me merezco un castigo, le he traído esta vara para que me mida las costillas y se ahorre la molestia de ir a buscarla.

Mientras tanto, Juan le presentaba la vara adornada y miraba la cara de su madre con aire pícaro, entre tímido y gracioso. Margarita observaba a su hijo y la vara y, sonriendo ante la infantil estratagema, le dijo al fin:

– Siento mucho lo que te ha sucedido, pero deduzco, por tu modo de obrar, que no has tenido la culpa y te perdono. Y no olvides nunca mi consejo. *Antes de hacer algo, piensa en las consecuencias.* Si hubieras mirado a ver si había algo que se pudiera romper, habrías subido más

despacito, habrías observado alrededor y no te habría sucedido nada malo. ¿No sabes que desde pequeño se acostumbra al atolondramiento, cuanto llega a mayor sigue siendo irreflexivo y se acarrea muchos disgustos y, a lo mejor, se expone a ofender a Dios? ¡Sé, pues, juicioso!

Siempre que hacía falta solía repetir Margarita estas lecciones, y con tanta eficacia de palabra, que iba logrando que sus hijos se fueran haciendo más cautos en lo sucesivo.

«Quien sigue la corrección es cauto»²³. Esta sabiduría le enseñará, además, a no merecer represiones, a aceptarlas cuando las merece y hasta evitar las consecuencias con humildad y sinceridad.

Notemos también aquí la gran diferencia que media entre Margarita y muchos padres, que no saben educar a los hijos en el amor al orden y a la economía, antes, al contrario, ellos mismos les dan ejemplo de descuido y de precipitación y, a la mínima contrariedad de un vidrio roto, de un descosido en la ropa, de una silla que se cae, se ponen furiosos, apostrofan, golpean a sus hijos, como si hubiesen cometido un grave delito. Y los hijos se asustan, lloran, se irritan, odian y acaban a veces por rebelarse contra la autoridad del padre o de la madre. No reflexionan en que, además, se falsea la conciencia de los hijos. Porque, a veces, les toleran, o a lo sumo les castigan levemente, por una mentira, una riña, unas palabras inconvenientes, unas desobediencias; y, en cambio, por un pequeño daño material, les castigan con una furiosa tempestad de palabras y golpes que, muchas veces, son ocasión de escándalo y de ofensa a Dios.

¡Hay que corregir lo importante!

*Los bailes...*²⁴

La firmeza de carácter de Margarita no la puede comprender ni describir dignamente, sino quien la conoció de cerca. Ella había declarado guerra perpetua e implacable al pecado. No sólo aborrecía el mal, sino que procuraba impedir la ofensa del Señor aun de parte de aquellos que no eran de los suyos. Así que se mantenía siempre alerta contra el escándalo, con toda prudencia y resolución, a costa de cualquier sacrificio.

A veces los lugareños de alguna zona de la aldea, deseosos de procurarse un poco de distracción y de dar cuatro saltos, iban a buscar un organillo. La noticia corría como un relámpago por los caseríos, y la gente salía de casa y gritaba de una colina a otra:

– ¡Vamos al baile, vamos al baile!

A los gritos y al son del organillo, que se difundía por los aires hasta la caída de la tarde, los hijos de Margarita corrían a ella:

– Mamá, vamos también nosotros.

Ellos no pensaban sino en la alegría y en la música. Pero Margarita, acogiéndolos con su sonrisa habitual, les decía:

– Estaos aquí quietecitos y esperadme; voy a ver qué novedad hay.

²³ 1 Prov., XV, 5.

²⁴ Extractos del cap. XIX.

Si veía una reunión de personas honestas y que se trataba de una diversión sencilla, sin sombra de mal, volvía diciendo a los hijos: “podéis ir”. Pero si había notado algo inconveniente, aunque fuera muy poca cosa, la respuesta era terminante:

– Esta diversión no es para vosotros.

– Pero...

– No hay pero que valga. No quiero, de ningún modo, que vayáis a parar al infierno. Me entendéis.

Los hijos contrariados quedaban silenciosos por un momento; pero la buena madre, rodeándose de ellos, comenzaba a contarles una historia de guerreros y castillos, tan llamativa y tan bien tramada, que superaba ampliamente a los deseos del baile. Exponía aquellas extrañas aventuras con tanto atractivo, que sus hijos confesaban que se encontraban más contentos allí oyéndola, que si les hubiese concedido su petición. Entrada ya la noche, Margarita acababa diciendo:

– Y ahora a dormir; pero antes recemos una oración por el que muera esta noche, para que no se condene.

Estas palabras producían un efecto mágico y saludable en el alma de los niños.

La preparación de su hijo para la Primera Comunión²⁵

Para Pascua, a fines de marzo de 1826, en la iglesia parroquial de Castelnovo, el pequeño Juan Bosco recibió la Hostia Divina por vez primera. De tan grande acontecimiento sólo nos quedan como recuerdos precisos los consejos dados por Mamá Margarita a su hijo menor, al atardecer de ese día:

“Hijo mío, –le dijo– tengo la dulce esperanza de que Dios ha tomado verdaderamente posesión de tu corazón esta mañana; prométele conservarte bueno y puro hasta el fin de tu vida. Comulga a menudo, pero ten cuidado de los sacrilegios y para eso confiésate con franqueza. Sé obediente, asiste de buena gana al catecismo y los sermones, y huye de los malos compañeros como de la peste”²⁶.

La Pascua de Resurrección de aquel año 1826 cayó en el 26 de marzo. Dadas las favorables referencias recibidas y el modo como Juan había respondido en el examen, el párroco se decidió a hacer con él una excepción a la regla general y le admitió a la sagrada comunión, que tendría lugar en el día fijado para el cumplimiento pascual de todos los niños.

Era imposible evitar la distracción en medio de la multitud. Margarita quiso asistir en persona y preparar con todo cuidado a su querido Juan a tan grande acto. Le acompañó tres veces a confesarse. Durante la cuaresma, le había repetido:

²⁵ Extractos del cap. XX.

²⁶ A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 35.

– Juanito mío, Dios te va a dar un gran regalo; procura prepararte bien, confesarte y no callar nada en la confesión. Confiésalo todo, arrepentido de todo y promete a nuestro Señor ser mejor en lo porvenir.

“Todo lo prometí – escribe don Bosco en sus *Memorias* – si después he sido fiel, Dios lo sabe”.

En casa le hacía rezar, leer un libro devoto y le daba además aquellos consejos que una madre ingeniosa tiene siempre a punto para bien de sus hijos.

En la mañana del día de la primera comunión no le dejó hablar con nadie, le acompañó a la sagrada mesa e hizo con él la preparación y acción de gracias, que el cura ecónomo don Sismondo dirigía alternando con todos en alta voz. No quiso que durante aquel día se ocupase en ningún trabajo material, sino que lo empleara en leer y en rezar. Entre otras muchas cosas, la buena madre le dijo muchas veces:

– Querido hijo mío: éste es un día muy grande para ti. Estoy persuadida de que Dios ha tomado verdadera posesión de tu corazón. Prométele que harás cuanto puedas para conservarte bueno hasta el fin de la vida. En lo sucesivo, comulga con frecuencia, pero guárdate de hacer sacrilegios. Dilo todo en confesión; sé siempre obediente; ve de buen grado al catecismo y a los sermones; mas, por amor de Dios, huye como de la peste de los que tienen malas conversaciones.

Y don Bosco dejó escrito: “Recordé los avisos de mi buena madre, procuré ponerlos en práctica, y me parece que desde aquel día hubo alguna mejora en mi vida, sobre todo en la obediencia y en la sumisión a los demás, que al principio me costaba mucho, ya que siempre quería oponer mis pueriles objeciones a cualquier mandato o consejo”.

Palabras de Mamá Margarita ante la decisión de Don Bosco de hacerse sacerdote. La radicalidad de una madre y la visión sobrenatural²⁷

Con el tiempo y ya crecido Juan, decidió seguir más íntimamente al Señor en el sacerdocio; en aquella época Don Bosco pensaba en ingresar en el convento de los franciscanos, dado que no contaba con dinero para costearse los gastos necesarios para el seminario.

Don Dassano, sacerdote amigo de la familia, creyó prudente comunicar a Margarita la resolución tomada por su hijo de hacerse franciscano. Así que, una tarde del mes de diciembre fue a visitarla, y, después de exponer la cuestión le hizo observar cuánto había que hacer en la Diócesis y que, por tanto, sería mucho más conveniente que Juan se hiciera sacerdote y se ocupara del sagrado ministerio en una parroquia: le demostró cómo, gracias a los muchos talentos que Dios le había concedido, tendría ciertamente espléndidos resultados. Al fin, añadió: – Tratad de disuadirle de esta idea: no sois rica, ya andáis avanzada en años y pronto no podréis trabajar: si vuestro hijo se encierra en un convento, ¿cómo podrá proveer a vuestras necesidades? He venido a advertiroslo por vuestro bien.

²⁷ Extractos del cap. XXXIII.

La buena Margarita agradeció al párroco la confianza que le había hecho, pero no dejó traslucir su pensamiento sobre el consejo que le daba. Inmediatamente se fue a Chieri y, presentándose a su hijo con la acostumbrada sonrisa en los labios le dijo:

– El párroco ha ido a verme y me ha dicho que quieres hacerte religioso: ¿es verdad?

– Sí, madre. Creo que usted no tendrá ningún inconveniente.

– *Yo sólo quiero que pienses bien el paso que quieres dar y después que sigas tu vocación, sin preocuparte de nadie. Lo primero es la salvación de tu alma. El párroco quiere que te aparte de tu determinación, en razón de la necesidad que más adelante pueda tener de tu ayuda. Pero yo digo: no me meto en esto, porque Dios es ante todo. No te preocupes de mí. No quiero nada de ti, nada espero de ti. No lo olvides: nací pobre, he vivido pobre y quiero morir pobre. Más aún, te lo aseguro: si decides ser sacerdote secular y por desgracia llegaras a ser rico, no iré a verte ni una vez. ¡Recuérdalo bien!*

A los setenta años y pico recordaba don Bosco el aspecto severo que tomó su madre al pronunciar estas palabras, y aún resonaba en sus oídos el tono vibrante de su voz; y al repetir estas enérgicas expresiones, tan cristianas, se conmovía hasta saltarle las lágrimas.

Auffray cuenta que la víspera de la partida, cuando ya se habían retirado los amigos y conocidos que habían acudido a saludar al joven seminarista, ella llamó aparte a ese hijo de su ternura y con los ojos clavados en los suyos, con un acento que siempre recordaría hasta en el invierno de su vida, hizo este conmovedor pedido:

“He aquí que tú, hijo mío, has revestido la sotana. Adivinas la dicha y la dulzura que este acontecimiento pone en mi corazón. Pero recuerda que no es el hábito el que honra al estado, sino la práctica de las virtudes. Si por desgracia llegas a dudar de tu vocación, te imploro que no deshonres este uniforme. Quítatelo enseguida, pues prefiero que mi hijo sea modesto campesino, a que sea sacerdote negligente de sus deberes. Cuando viniste al mundo, te consagré a la Santísima Virgen; cuando comenzaste tus estudios, te recomendé casi exclusivamente la devoción a Nuestra Señora; ahora te suplico que le pertenezcas por completo. Ama a quienes la aman y si algún día llegaras a ser sacerdote propaga sin cesar la devoción hacia esta buena madre”²⁸.

Ordenación sacerdotal de San Juan Bosco. Sus propósitos y el consejo de Mamá Margarita²⁹

Luego de su paso por el seminario Don Bosco estaba listo para ordenarse sacerdote. En unos Ejercicios Espirituales, anotará sus propósitos; se lee lo siguiente (todo un plan de vida):

«Conclusiones sacadas de los ejercicios hechos como preparación a la celebración de mi primera misa: El sacerdote no va sólo al cielo ni va solo al infierno. Si obra bien, irá al cielo con las almas salvadas por él con su buen ejemplo; si obra mal y da escándalo, irá a la perdición con las almas condenadas por su escándalo. Por lo tanto, me empeñaré en guardar los siguientes propósitos:

1) No haré paseos, sino por necesidad grave: visitas a enfermos, etcétera.

²⁸ A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 57-58.

²⁹ Extractos del cap. LVI

- 2) Ocuparé rigurosamente bien el tiempo.
- 3) Padecer, trabajar, humillarme en todo y siempre, cuando se trate de salvar almas.
- 4) La caridad y la dulzura de San Francisco de Sales serán mi norma.
- 5) Siempre estaré contento de la comida que se me presente, con tal que no sea nociva para la salud.
- 6) Beberé vino aguado y sólo como medicina, es decir, cuando lo reclame la salud.
- 7) El trabajo es un arma poderosa contra los enemigos del alma; por ello no daré al cuerpo más de cinco horas de sueño cada noche. Durante el día, especialmente después de la comida, no tomaré ningún descanso. Haré alguna excepción en caso de enfermedad.
- 8) Destinaré cada día algún tiempo a la meditación y a la lectura espiritual. Durante el día haré una breve visita, o al menos una oración, al Santísimo Sacramento. Tendré un cuarto de hora al menos de preparación y otro cuarto de hora de acción de gracias, al celebrar la santa misa.
- 9) No conversaré con mujeres, fuera del caso de oír las en confesión u otra necesidad espiritual».

Estos recuerdos los escribió en 1841.

“Pocos días después, el jueves, solemnidad del Corpus Christi, – narra Don Bosco en sus *Memorias* – contenté a mis paisanos. Fui a Castelnuovo, canté la misa y presidí la procesión. El párroco invitó a comer a mis parientes, al clero y a los principales del lugar. Todos tomaron parte en la alegría, ya que yo era muy querido de mis paisanos y cada uno de ellos se alegraba de todo lo que pudiera constituir un bien para mí. Por la noche volví finalmente a mi casa. Cuando estuve próximo a ella y contemplé el lugar del sueño que tuve alrededor de los nueve años, no pude contener las lágrimas y exclamé: ¡Cuán maravillosos son los designios de la divina Providencia! Verdaderamente Dios sacó de la tierra a un pobre chiquillo para colocarlo entre los primeros de su pueblo”.

Aquel día, continúa Don Bosco, mi madre, cuando ya estuvimos totalmente solos, me dijo estas memorables palabras: – “*Ya eres sacerdote: ya dices misa; en adelante estás más cerca de Jesús. Pero acuérdate que empezar a decir misa quiere decir empezar a sufrir. No te darás cuenta enseguida, pero poco a poco verás que tu madre te ha dicho la verdad. Estoy segura de que todos los días rezarás por mí, mientras yo viva y cuando muera: esto me basta. Tú en adelante, piensa solamente en la salvación de las almas sin cuidarte para nada de mí*”.

¡De cuántas maneras premió a Margarita haberle guardado tan cuidadosamente el sagrado depósito que le había entregado en la persona de su hijo Juan!. Está escrito: «El que enseña a su hijo, sacará provecho de él, entre sus conocidos de él se gloriará»³⁰.

Últimos esfuerzos de una educadora incansable

Ya dedicado a los jóvenes, Don Bosco necesitaba una ayuda.

Despedido de varios lugares donde había querido instaurar su “Oratorio” para los pobres jóvenes desamparados del mundo, una vez más se encontraba en la calle y se había visto obligado a alquilar cuatro piezas en el primer piso de una casa llamada Pinardi.

³⁰ Eclesiástico, XXX, 2.

Pero dicha casa y los dos edificios contiguos (uno de los cuales se llamaba “Fonda de la Jardinera”) no eran precisamente islotes de santidad. Aun durante los días de trabajo el escándalo se ostentaba desvergonzadamente. Un sacerdote solo no podía alojarse ahí sin despertar sospechas. Era menester encontrar alguien seguro, irreprochable, que compartiera el pobre techo del abate:

– “Lleva a tu madre” – le dijo el Deán de Castelnuovo, el buen Don Cinzano³¹.

Fue por ello que Don Bosco se animó a pedirle el gran favor de su vida³².

A la buena de Margarita no le convencía demasiado la propuesta; dejar la tranquilidad de su vejez para volver a la tarea de madre (¡y de cuántos hijos!); pero su respuesta no se hizo esperar:

– Si crees que Dios lo quiere, cuenta conmigo – fue toda la respuesta que dio³³.

La paciencia todo lo alcanza

Mamá Margarita se vio nuevamente en las correrías de cuando joven. Zurcir, bordar, cocinar ¡y cada vez para más jóvenes! Ella llevaba adelante todo con la misma paciencia que lo había hecho con sus hijos. Pero no siempre resultaba... ¡es que también los santos tienen defectos!

Algunas veces, sin embargo, se le acababa la paciencia, ¿quién se sorprenderá por eso? En dos ocasiones, la humilde mujer estuvo a punto de descorazonarse ante los excesos de indisciplina de sus hijos adoptivos, que (no hay que olvidarlo), eran hasta ayer pequeños anarquistas en ciernes. La historia ha conservado el recuerdo de esos instantes de mal humor, bien cortos, por cierto, como rápida tormenta en un cielo generalmente tranquilo y sereno³⁴.

Otra vez algunas travesuras parecían hacerle colmar la paciencia. Como sucedió cuando la cansaron tanto que llegó a ver su propio hijo³⁵:

– No puedo más – le dijo a Don Bosco. Eres testigo de todo el trabajo que me tomo está mal recompensado. Esas criaturas son intolerables. Hoy he encontrado pisoteada en el suelo la ropa lavada que había tendido; ayer corrían entre legumbres. ¡Y qué muchachuelos mal educados o negligentes! Unos vuelven a la noche con sus trajes hechos trizas, otros sin corbatas, sin medias, sin pañuelos. Estos me esconden las camisas y aquéllos vienen a apoderarse de mis cacerolas sólo por diversión. Tardo horas en juntar todo. Te digo que ya estoy cansada; esto no puede seguir así! ¡Y pensar que estaba tan tranquila hilando en los Becchi! ¡Déjame que vuelva allá para acabar mis días! – terminó desahogándose...

Su hijo, por única respuesta le señaló a su madre el crucifijo colgado de la pared.

Ella, gran cristiana comprendió rápidamente su exabrupto y, con los ojos llenos de lágrimas, dijo:

– Tienes razón, tienes razón.

³¹ A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 81.

³² A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 71.

³³ A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 72.

³⁴ Cfr. A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 81.

³⁵ Cfr. A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 85-86.

Y bajó a ponerse de nuevo el delantal.

Al reto duro le seguía la corrección dulce³⁶

Mamá Margarita sentía particular debilidad por quienes daban trabajo a su hijo. Si encontraba una de esas cabezas alocadas que nadie podía dominar, le decía a boca de jarro:

– ¿Y bien? ¿cuándo empezarás a j obedecer? Casi todos tus compañeros se esfuerzan por mejorar acá. Tú no. Eso no puede ser. Trata de ser juicioso durante todo un día. ¡Si supieras cuán agradable es sentirse estimado por sus compañeros, ver la cara contenta de los maestros, tener la conciencia tranquila!

Si le tocaba un perezoso, lo amonestaba así:

– ¿Sabes que tu vicio es uno de los más feos? Demuestras que no tienes corazón. Don Bosco se mata buscando con qué nutrirte y alojarte: los días le son cortos. Y tú, durante ese tiempo, no haces nada. ¿Qué vas a hacer mañana en la vida? ¿Cómo ganarás tu pan? Has elegido el mejor camino para terminar en la cárcel.

Otras veces decía a quien estaba acostumbrado a resolver todo a los golpes:

– Eres peor que los animales. ¿Has visto que los caballos, las ovejas, las vacas, se acometan entre sí como haces tú con tus compañeros? Esos irracionales son más inteligentes que tú. No olvides que quien quiere venganza, un día será castigado por el Señor.

A los que eran demasiado golosos les increpaba:

– ¡Qué glotón eres! Las bestias comen hasta satisfacer su apetito y se detienen. Tú vas más allá: comes sin tener ganas. Es el mejor medio para arruinarte la salud. ¿Quieres pues morir joven? ¿Quieres terminar tus días en un hospital? ¡Qué feo defecto! Trata de corregirte pronto para ser todo un hombre.

La espontaneidad y la franqueza de estas amonestaciones adquirirían un colorido especial en los labios de esta campesina, pues las subrayaba con una de esas palabras que constituían una expresión del terruño, un proverbio de la religión que, envolviéndolas como en una sonrisa, las grababa intensamente en las livianas cabezas de esos pilluelos.

Mamá Margarita sabía otorgar premios pero también sabía enseñar a ganárselos. A uno que le pedía un poco más de chocolate, le decía³⁷:

– Sí, yo te daré este pedazo de chocolate –dice la misma a otro que, codicioso de la golosina, ya tendía la mano – pero antes debes contestarme, ¿desde cuándo no has ido a confesarte?

– Quería ir, pero no he tenido tiempo.

– ¿Y el sábado pasado?

– Había demasiada gente.

– ¿Y el domingo?

³⁶ Cfr. A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 91-92.

³⁷ Cfr. A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 93-94.

– No estaba preparado.

– Sí. Ya me percaté de lo que sucede. Recuerdo el proverbio piamontés: “*una mala lavandera jamás encuentra sitio conveniente en el lavadero*”.

Otro le decía: “Mamá, cóseme el botón”.

– Toma, aquí te doy hilo y aguja. Cóselo tú mismo. En esta vida hay que saber bastarse a sí mismo. Nuestros padres decían que quien no es capaz de cortarse las uñas de las dos manos no llega a ganarse el pan. Atiende ese consejo”.

Corregía y también perdonaba

Así como estaba lista para corregir de esta manera ingeniosa, también lo estaba para perdonar. Por lo demás, una de sus máximas era: hecha la herida, enseguida se debe vendar. Como todos los educadores cristianos, pensaba que, es malo dejar que el niño o el adolescente ‘rumien’ su humillación. Desde el primer momento, el Padre Bosco había elegido la conciencia de sus chicos como principal colaboradora. A cada momento apelaba a ella y nada era mejor a sus ojos, que ver cómo sus hijos aceptaban voluntariamente un castigo merecido, llegando hasta imponérselo ellos mismos. Por ejemplo: en el Oratorio era axioma corriente que *quien no trabaja no tiene derecho de comer*. Los aprendices habían llegado a estropear el latín de S. Pablo que, según contaban, decía así: *Qui non laborat non mangiorat*. No era pues raro ver de cuando en cuando a alguno de esos muchachotes a quien Don Bosco acababa de recriminar su pereza, que se negaba a entrar al refectorio y se condenaba a pan duro. Mamá Margarita adivinaba el motivo de ese aislamiento y se acercaba al culpable. ‘Veo que has hecho una de las tuyas. Siempre perezoso e indisciplinado ¿verdad? ¿Adónde irás a parar, pobre hijo mío? Mira a Don Bosco que por vosotros se mata de trabajo de día y de noche; ¿no te avergüenza refocilarte en la haraganería mientras comes su pan? En la primera oportunidad le pedirás perdón y te corregirás. ¿Lo prometes? Mientras tanto toma esto’. Y le pasaba una especie de ‘sándwich’, una galleta de maíz, en cuyo medio había puesto un pedazo de queso o de salame. ‘Y sobre todo, no lo cuentes a nadie. Me harías hacer un papel muy feo. Dirán que ayudo á los malos’. Conmovido hasta las lágrimas, el culpable aceptaba el regalo y su corazón, impresionado por tanta bondad, prometía enmendarse. A menudo así sucedía³⁸.

La muerte de una santa

Así cuenta la muerte de Mamá Margarita Auffray:

– Me voy – dijo a Juan – y voy a dejar los cuidados materiales de la casa en otras manos. El camino será duro, pero 1a. Santísima Virgen no dejará de ayudaros. Oye mis consejos: en tus empresas nunca busques el brillo, el esplendor; en la cumbre, la gloria de Dios y en la base, la pobreza de hecho. Muchos aman la pobreza, pero en los demás. No olvides que la enseñanza más eficaz consiste en hacer uno mismo lo que se pide a su prójimo. Me encomiendo a las oraciones

³⁸ A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 94-96.

de todos. Desde que sea admitida en el seno de la Misericordia Divina no cesaré de rezar por la obra.

En cuanto a ti, José, vela atentamente por conservar tus hijos en la condición en que los ha colocado Dios, salvo si quieren consagrarse al estado sacerdotal o religioso. Campesinos son y campesinos deben ser. Lo importante es que ganen su pan honradamente. Si cambian de estado, no harán sin derrochar los pocos bienes adquiridos con tu sudor. Continúa haciendo cuanto puedas en favor del Patronato. La Santísima Virgen te lo devolverá en días felices.

Algunos instantes antes de recibir el Viático y la Extremaunción, dijo: “Antes era yo, Juan, quien te ayudaba a recibir los Sacramentos de la Iglesia; ahora eres tú quien ayuda a su anciana madre a recibir los dos últimos sacramentos del cristiano. Me acompañarás a rezar las oraciones de los moribundos... Como ves, respiro con dificultad. Dilas en alta voz, que así las repetiré por lo menos con mi deseo”.

Por fin llegó la noche final. Tuvo como un presentimiento. Por eso su ternura se hizo más intensa en esa hora suprema. “Dios sabe cuánto te he querido durante mi vida, Juan. Mas espero que allá arriba te amaré mejor. Me voy con el corazón tranquilo. Creo haber hecho cuanto pude. A veces puedo haberte parecido severa, pero la orden del deber se expresaba por mis labios. Di a nuestros queridos niños que he trabajado por ellos y que los amo con ternura de madre; que favorezcan mi alma con la caridad de una fervorosa comunión”.

Estas recomendaciones habían agotado su aliento, ya muy breve. Se detuvo un rato y luego añadió: “¡Adiós Juan. Acuérdate que esta vida es puro sufrimiento. Las verdaderas felicidades están más allá. Y ahora, ve a tu cuarto a rezar por mí. Por última vez: ¡adiós!”.

El hijo vacilaba en cumplir orden tan cruel, pero la agonizante elevó sus ojos al cielo como diciendo: “Sufres y me haces sufrir. Retírate, pues. Nos volveremos a encontrar arriba”.

Se alejó, pero para volver una hora después.

En cierto momento, la madre descubrió su presencia y le suplicó: “Dame este gusto, por favor, el último que te pido, sufro doblemente de verte sufrir; déjame, ve a rezar por mí. Adiós, Juan”.

Esta vez, el hijo obedeció.

A las tres de la mañana oyó el paso de su hermano dirigiéndose a su cuarto. Comprendió y abrió la puerta, los dos hermanos se miraron en silencio, para estallar en seguida en un sollozo, que causaba dolor a los que le oían.

El “hasta el cielo” de dos santos³⁹

“Una mañana radiante de Agosto de 1860, quizás el 5, día de Nuestra Señora de las Nieves.

Don Bosco cruza la placita de la Consolata; va a entrar al santuario tan caro a la piedad de los turineses, cuando de repente a dos pasos del peristilo del templo, divisa a su madre. ¿Alucinación? ¿Sueño? ¿Aparición? Titubea.

³⁹ A. Auffray, Una madre ejemplar: Margarita Bosco, Difusión, Bs.As. 1953, 128-129.

Para salir de dudas, interpela a la visión.

“¿Usted aquí? ¿No ha muerto, pues?

– ¡Sí; pero a pesar de eso, estoy viva.

– ¿Feliz?

– Más de lo que puede expresarse.

No hay sombra de duda, las facciones, la voz, la entonación son las de su mamá.

Y prosigue el diálogo:

– Después de su muerte, ¿entró usted en seguida al Paraíso?

– No.

– ¿Puede revelarme algo de las alegrías del más allá?

– Imposible.

– Al menos, deme una idea, por pequeña que sea, de su felicidad.

Entonces la visión se transforma las facciones de la humilde mujer resplandecen, sus ropas adquieren un brillo maravilloso, su aspecto todo reviste una majestad sin igual. A su alrededor hay un palpar de alas, de legiones de espíritus bienaventurados. Abre la boca y deja escapar un canto delicioso que embelesa al hombre que lo escucha desfallecido.

Don Bosco permanece allí, embriagado, mudo, absorto.

Por último, de los labios de la madre salen estas últimas palabras:

“Te espero, porque tú y yo somos inseparables”.

Y la visión se esfuma después de ese llamado rico en esperanza y henchido de ternura”.

R. P. Dr. Javier Olivera, IVE (año 2011)

Índice

¿Cómo se educa un santo?	3
Margarita: primeros años y nacimiento de San Juan Bosco	4
“Ya no tienes padre”. La cruda realidad	5
La educación de la voluntad y de las virtudes	5
El Catecismo y las enseñanzas en labios de la madre	7
Hacía consciente en sus hijos el ejercicio de la presencia de Dios	8
El trabajo y el sacrificio	9
La vigilancia de los juegos y el modo en que se practican permite conocer mejor a los hijos	11
El control de las amistades de los hijos previene malos hábitos.....	11
El examen de la conciencia antes del premio o del castigo	12
Los castigos de una madre santa	13
Recordar a Dios al momento de corregir a los hijos	14
Vencer a los hijos con la fuerza moral y el cargo de conciencia	15
El orden y la limpieza	17
La enseñanza de la prudencia.....	18
Los bailes... ..	19
La preparación de su hijo para la Primera Comunión.....	20
Palabras de Mamá Margarita ante la decisión de Don Bosco de hacerse sacerdote. La radicalidad de una madre y la visión sobrenatural	21
Ordenación sacerdotal de San Juan Bosco. Sus propósitos y el consejo de Mamá Margarita.....	22
Últimos esfuerzos de una educadora incansable	23
La paciencia todo lo alcanza	24
Al reto duro le seguía la corrección dulce.....	25
Corregía y también perdonaba	26
La muerte de una santa	26
El “hasta el cielo” de dos santos	27